



Kasimir Kasiblanco y el hombre de la mochila

Angela Sommer-Bodenburg

Ilustraciones de Dani Padrón



algar

¡Ha sucedido algo terrible!

Era la noche del sábado al domingo. El reloj de la biblioteca de la ciudad de Schwarzenburg acababa de dar las tres, ¡las tres de la madrugada!

En la buhardilla de la casa situada en el callejón del Confitero, 6, Mufti Canguelo abandonaba la lectura y miraba a su mujer. Michaela Canguelo se había acomodado en el viejo canapé azul marino y tenía los ojos cerrados.

—Michaela, ¿estás durmiendo? —preguntó Mufti.

—Sí... No... —dijo por respuesta.

—¿Sí o no?

—No. —Michaela abrió los ojos.

—El reloj de la biblioteca ha dado las tres —dijo Mufti—. Deberíamos ponernos en camino. Mina sale de clase a las cuatro.

Su hija Mina Canguelo estaba en el primer curso de la escuela. Como todos los fantastelos, durante la semana vivía con una madre fantastela de día y solo iba a casa los domingos. El fin de semana anterior Mina había ido a casa de una amiga, por lo que Mufti y Michaela Canguelo llevaban casi dos semanas sin ver a su hija.

Michaela se acercó a un gran espejo, muy desgastado, y comenzó a cepillarse el pelo plateado, que le llegaba hasta los hombros. De repente, alguien llamó al tragaluz.

—Voy a ver quién es.

Mufti Canguelo abrió. Para su sorpresa, Mina entró seguida de un fantastelo mayor que ella al que Mufti no conocía.

—¿Tú, Mina? —Mufti se sorprendió—. ¿Cómo es que no estás en...?

Dejó de hablar cuando vio que Mina, sin abrir la boca, desapareció dentro de su baúl de madera.

—¡Mina! —Michaela Canguelo soltó el cepillo y voló hacia su hija.

—¿Algo no va bien? —Mufti se dirigió al fantastelo, que casi alcanzaba el tamaño de un adulto y que tenía unos brazos tan fuertes que llamaban la atención.

—Al parecer, alguien de la clase de primero ha encogido —dijo el fantastelo—; por eso han suspendido las clases. Olivia Blancoopaco nos ha pedido a



los de trigésimo curso que lleváramos a sus alumnos a casa.

Olivia Blancoopaco era la profesora de Mina.

—¿Y tú quién eres? —preguntó Mufti.

—Adrián Balas —contestó el chico.

—¡Muchas gracias por habernos traído a Mina sana y salva, Adrián!

—Un placer. Sobre todo, porque ya no nos da tiempo a hacer el examen de Matemáticas. —Adrián se rio y se fue volando por el tragaluz.

Con expectación, Mufti se acercó al baúl de madera de Mina. Esta se había puesto una manta alrededor de los hombros, como si tuviera frío. Su pequeño rostro cubierto con diminutos puntitos dorados se había vuelto blanco y daba la impresión de estar atemorizada.

Michaela Canguelo le acarició el pelo con ternura.

—¿No quieres contarnos qué ha sucedido? —preguntó.

—¡Algo terrible! —dijo Mina—. ¡Kasimir ha encogido a Arno!

Mufti y Michaela cruzaron la mirada.

—¿No puedes darnos más detalles? —dijo Mufti.

—Primero elegimos el dibujo de la semana —comenzó Mina—. Mi dibujo y el de Kasimir obtuvieron cinco votos. Entonces dije que el de Kasimir debía ser el dibujo de la semana porque mis dibujos ya han sido elegidos otras veces y los de Kasimir no.

—Eso fue muy amable por tu parte —opinó Michaela.

Mina se puso roja.

—¿Y después? —preguntó Mufti.

—Arno se enfureció y rompió el dibujo de Kasimir. Kasimir apretó los puños y miró a Arno fijamente; de repente, Arno fue volviéndose cada vez más y más pequeño. Olivia le ordenó a Kasimir que lo devolviera de inmediato a su tamaño. Él lo intentó, pero no lo consiguió.

Mufti Canguelo frunció el ceño.

—¿Quién es ese tal Kasimir? Nunca nos has hablado de él.

—Se llama Kasimir Kasiblanco; el lunes fue su primer día en la escuela —explicó Mina.

—¿Es nuevo en la clase? —preguntó Michaela.

—Kasimir no está en mi clase —dijo Mina—. Wieland Arrojo le da clases individuales, pero a veces viene a visitarnos.

—¿Y por qué Kasimir recibe clases individuales? ¿Es más lento que los demás? —preguntó Michaela.

—Al contrario. —Los labios de Mina esbozaron una sonrisa—. Kasimir es tan inteligente que los profesores no saben qué hacer con él.

—No será tan inteligente —repuso Michaela—. Encoger a Arno me parece una tontería.

—Lo que fue una tontería por parte de Kasimir fue escaparse —dijo Mina en voz baja.

—¿Se escapó? ¿A dónde? —preguntó Mufti.

—Si lo supiera... —Mina suspiró—. Pero todos discutieron con él: Olivia, Wieland e incluso su madre, Malwine. Entonces dijo: «¡Todos estáis en mi contra!», y se fue volando. Ahora estará vagando solo en medio de la noche. ¡Y tiene trece días!

Mufti trató de reírse.

—¿Trece días? Estás de broma, ¿verdad, Mina?

—¡No! Kasimir sabía volar, hablar y atravesar los ojos de las cerraduras con tan solo dos días.

—¿Con dos días? —repitió, incrédula, Michaela—. Tú empezaste a hablar con ocho semanas y a volar, con doce.

—Kasimir es un fantástelo fuera de lo normal —sollozó Mina—. Precisamente por eso me gustaba tanto.

—¿Y ya no te gusta? —preguntó Michaela.

—No lo sé. —Mina miró el tragaluz con inquietud—. Solo sé que estoy terriblemente preocupada por él.

2

Sé dónde está Kasimir

Mina Canguelo no era la única que estaba preocupada por Kasimir. Su madre, Malwine Kasiblanco, y el profesor Wieland Arrojo llevaban esperando en la escuela más de una hora a que Kasimir regresara.

—Espero que no le haya pasado nada —dijo Malwine por novena o décima vez mientras se asomaba y miraba en la oscuridad de la noche esperando ver a Kasimir.

—Seguro que no, Malwine —la tranquilizaba Wieland por novena o décima vez.

Entre tanto, los alumnos de primero, a excepción de Arno Timorato, habían regresado con sus padres, acompañados por alumnos de trigésimo curso. A Arno lo acompañó a casa la propia Olivia Blancoopaco, que estaba a punto de explicarles a

sus padres, Agathe y Alexander Timorato, por qué su hijo había encogido hasta quedarse en un tercio de su tamaño normal.

Después de esperar otro cuarto de hora en vano, Malwine y Wieland partieron en busca de Kasimir. Primero acudieron a la buhardilla de la casa situada en la calle de la Rosa, 22, donde Wieland vivía desde hacía trece años. Esa buhardilla había pasado a ser también el lugar de residencia de Kasimir desde la semana anterior, porque era aún muy joven para vivir con una madre fantástela de día.

Wieland Arrojo voló hasta el baúl de madera negro en el que Kasimir solía dormir por el día. La manta azul y la almohada blanca estaban intactas.

—Ni huella de Kasimir —aseguró.

Abrieron cajas y cajones, baúles, cómodas y armarios..., pero no encontraron a Kasimir.

—Posiblemente se haya ido a la calle del Tulipán —dijo Wieland—. ¿Sabes si Kunibert está en casa?

Malwine y Kunibert Kasiblanco vivían a pocas calles, en la buhardilla de la calle del Tulipán, 44.

—Supongo que sí —afirmó Malwine.

En ese instante entró volando un murciélago plateado por el tragaluz.

—¡Leonore! —exclamó Wieland Arrojo.

El murciélago aterrizó en el hombro de Wieland.

—¿Quién es ella? —susurró mirando a Malwine con recelo.

Leonore era muy desconfiada. Se volvió así cuando su familia la repudió al volverse plateada y comenzar a hablar.

—Es Malwine, la madre de Kasimir —dijo Wieland—. Hace una semana le llevaste una carta de mi parte.

—¡Ah, sí! ¡La carta! —recordó Leonore. Se inclinó y susurró—: Sé dónde está Kasimir.

—¿Qué ocurre con Kasimir? —preguntó Malwine con voz muy fuerte al oír «Kasimir».

Por el tono de voz tan alto, Leonore se sobresaltó y voló asustada hacia la viga del techo.

—¡Cuéntanos lo que sabes, Leonore! —dijo Wieland Arrojo.

—Vi a Kasimir desaparecer en una casa —susurró Leonore con su delicada y aguda voz.

—¡No! —exclamó Malwine.

—Sí —dijo Leonore, algo ofendida—. Desapareció en una casa.

—¿Y después?

—Ya no sé más.

—¿No volaste tras él?

—No.



—Los murciélagos evitan las casas de los humanos —explicó Wieland Arrojo.

—Pero vi a Kasimir otra vez —dijo Leonore—. En una habitación en la que las cortinas no estaban bien cerradas, pude ver que se había metido bajo la manta de una chica.

—¿De una chica humana? —gritó Malwine.

—Sí.

—¿Puedes describir a la chica, Leonore? —preguntó Wieland Arrojo. Empezaba a ocurrírsele algo.

—La chica tiene rizos morenos y la piel más oscura que la tuya —dijo Leonore.

—¿Serías capaz de encontrar de nuevo la casa a la que fue Kasimir?

—Claro.

—¿Y también la ventana por la que viste a Kasimir y a la chica humana?

—Sí.

—Entonces, ¡vamos! —propuso Wieland.

—¿Podríamos antes quizás...? —comenzó a decir Malwine.

—¿Qué, Malwine? —preguntó Wieland.

—No, nada. —Por un momento Malwine se quedó pensando si debía ir antes a la calle del Tulipán, pero posiblemente Kunibert no estuviera en casa. Además, ahora no debían perder un tiempo tan valioso bajo ningún concepto.— ¡Vamos, démonos prisa! —exclamó por fin.